



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14202

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENINSULA: Un mes, 1'50 pta. — Tres meses, 4'50 id. — EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 8 DE ABRIL DE 1909

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Corresponde al Paris: Mr. A. Dubois, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jouet, 31, Faubourg-Montmartre.

Domingo de Ramos

Hosanna al hijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor! La Iglesia celebrará mañana la entrada triunfante del Salvador en Jerusalén. Antes de la misa se bendecirán las palmas y enseguida se hará la procesión.

Dicha procesión que se hace antes de la misa es muy antigua en Oriente; créese que trae su origen de la Palestina de donde se extendió á todos los demás países. En aquellos remotos tiempos se llamaba procesión de las palmas. En el siglo V ó VI pasó á la Iglesia latina, aunque ya antes de aquella época se hacía en la Iglesia de Roma, de la cual se transmitió enseguida á las demás iglesias.

El Evangelio de mañana que es el de S. Mateo refiere aquel glorioso acontecimiento.

El oficio de mañana está exclusivamente destinado á la glorificación del Salvador. Por esto en la misa se canta la pasión.

En aquel tiempo habiéndose acercado Jesús á Jerusalén, y llegado á Betlague, junto al monte de las olivas, envió á dos de sus discípulos, diciéndoles: id á esa aldea que está enfrente de vosotros y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella; desatadlos y traédme los: y si alguno os digiera algo, decid, que los ha menester el Señor, y luego los dejará. Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que fué dicho por el profeta: Decid á la hija de Sión: he aquí tu Rey viene para tí manso, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de anima de yugo. Y los discípulos fueron é hicieron como Jesús les mandó; y trajeron la asna y el pollino; y pusieron sobre ellos sus vestidos é hicieronle sentar encima. Mucha gente tendía sus vestidos en el camino, y otros cortando ramas de los árboles, echábanlas por el camino. Y el pueblo que iba delante y detrás, clamaba diciendo: Hosanna al Hijo de David: Bendito el que viene en nombre del Señor.

Oh Rey de Israel Hosanna en las alturas.

CAMPESINA

Cruza el prado, campesina, campesina en florada; naciendo está la alborada, con su risa matutina.

Camina, gentil, camina y entona tu voz alada, que saba hasta la elevada región sien de la colina. Y que allí aprendan las aves las serenatas suaves que tu amor feliz vocea, alejando el sentimiento. Y los rumores del viento las llevan hasta la Aldea.

II

¡Quién sabe si en tí pensando también está quien tú quieres! ¡Campesina, tus placeres sigue captando, cantando!

Que si el viento va llevando la dicha de tus quereres á aquél por quien tú te mueres, canta, canta, y sigue andando. Llega allá hasta los pinares; que se eleven los cantares que tu amor feliz vocea, alejando el sentimiento. Y los rumores del viento los lleven hasta la Aldea.

III

Rompiendo el sol el celaje policromo de la aurora,

brilla con luz que colora la llanura del paraje.

Y en el rítmico oleaje del prado, la encantadora risa gentil y sonora del aiba, arrulla el paisaje. Descansa ya, campesina; y aquí, desde la colina, vocea tus cantos, vocea tu amor y tu sentimiento. Y los rumores del viento los lleven hasta la Aldea.

C. y J. Giménez de Cisneros.

CUENTO DEL SÁBADO

Según...

La pobre condesa estaba abatidísima. Sentada en una butaca, junto á la chimenea, de espaldas al balcón, por inveterada costumbre de innata coquetería, á pesar de sus cuarenta y tantos años. Servíala á modo de nimbó sus grises cabellos, y el rostro correcto y noble, de expresión apacible, enrojecido por la impresión del momento y el reflejo de las llamas, destacábase de su negro traje.

Las manos blancas y hermosas, oprimían el pañuelo de perfumada batista; los ojos, húmedos por el llanto, miraban acariciadores y tristes á su sobrina, la joven marquesita de los Prados compendio de mujer, entre cromó inglés y bibelot, muñeca monísima de cinco lustros, de intensivo y delicado rostro, blondos rizos y azules pupilas. Su aspecto enfermizo, la hacía aun más atrayente que su belleza simpática, y cuando sonaba su voz argentina, pudieran creerse por inevitable sugestión que había nacido para persuadir y convencer.

También ella estaba alterada, también sufría, y bajo su traje ceniciento, adivinábase una respiración algo fatigosa. De vez en cuando, sacaba del coqueón manguito de mongolía, un pequeño frasco de sales, verdadera joya artística, y aspiraba por su nariz de griega, aquellos aromas penetrantes.

El sombrero de claro fieltro, ligero de peso y gracioso de forma, parecía abrumar su cabecita...

Miraba, sin ver los ricos tapices; contaba las flores de la alfombra, fijando la vista en los juguetillos que adornaban los muebles, antiguos amigos de su infancia.

—¿Y... no te han contado más, tía? —se atrevió á preguntar como quien suma una cuenta que decide el porvenir.

—¿Y te parece poco? —No; ¡qué me há de parecer! Lo que me entristece; muy mal lo que no esperaba nunca de tí tu sobrina Angélica, era que diese crédito á esos cuentos, y que no hayas empezado por decir á quien debo odiar.

—A ese, á Víctor... ya te lo he dicho debes odiarle.

—¿Pero quien te ha contado...?

—El, él mismo.

—¡Imposible...!

—Imposible es que tú no le quieras como es imposible que él no te quiera á tí. La atrocidad es muy grande, pero la pasión vuestra es muy grande también. Mientras estabas en paseo con tu aya, me lo ha dicho todo; ha venido á eso, á eso exclusivamente. Y éstando un hombre como él, con su inteligencia, con su cultura, su posición y su buen juicio, hace una declaración semejante es porque está loco. Ahí donde tú estás sentada le habieras visto llorar... á ese hombre irónico y descocado que se ríe de la Cámara y azara con una frase á las personalidades más serias... Quizá no respeta en el mundo á nadie más, que á

mí y de hijo no tiene más que un afecto: el tuyo... No obstante, hiciste bien en lo de ayer, y ójala sigas en tu propósito. La suerte lo quiere así: sois dos desgraciados que os habéis encontrado muy tarde y en el peor de los momentos, cuando se separó de su mujer... pero ella lo es y vive. No te digo que busques refugio en el Sagrado Corazón... como dijiste al P. Urquijo ayer en los «Luises», que es lo que ha desquiciado á Víctor, después de vuestra riña; pero sí que salgamos de Madrid... antes que hagáis las paces y la cuestión no tenga remedio.

Angela rompió á llorar y se arrojó en brazos de la condesa.

—¡No, tía, por Dios! No me reveses á ningún lado. Mira que estoy muy enferma y si no lo veo me muero. ¡Yo te juro que seré digna de mi nombre! Hasta aquí, bien lo sabes tú, nada tengo que reprocharme. Piensa que has sido para mí una madre, que estamos solas, que soy tu único cariño, que te quedas sin hija.

—Hija engañosa, hija culpable. ¿Y el aya? Esa tiene mucha responsabilidad. ¿Por qué no me ha contado las asiduidades de Víctor? ¿Por qué de cada cien tardes que es acompañada, no lo he sabido más que una?

—Porque le ha dado lastima de mí; porque en esta cuestión, la más dura, la más lirana, la más crua, la que puede darme la vida ó la muerte, la que va á matarme era tú.

Largo tiempo siguió el rumor de gemidos y sollozos, y la noche comenzaba á extender sus tinieblas, estirando las figuras y el fondo del candor; oíanse frases entrecortadas, dominando en la conversación, como acentuadas por el convencimiento de una y otra parte; «convencimientos sociales... teorías rancias... rutinarismos... libertad de espíritu... vicijimas... siempre contigo... No se irá de nadie, como hermanas», «depositario de almas», «platonismo», «qué haría yo sin tí? «Eres un ángel tutelar» y una explosión de cariño y de mimos, exclusivos de niña voluntariosa que gana la partida.

Ya conocía Angela el terreno que pisaba, el terror más disimulado de su madre adoptiva cuando la veía con fiebre y cuando el médico de la casa, palpando su delgado tórax, oíaendo sus bracos de alfilerique y oprimiendo sus hombros gruñía entre risueño

y fosco: «Esta chica tiene un temperamento endemoniado».

Ahí le dolió á la condesa; parecíale que Angélica se le escapaba de entre las manos... ¡Qué horror morir su adorada hija!

Allí permanecieron Dios sabe cuanto rato, hasta que las volvió á la realidad un discreto golpecito dado á la puerta y la luz que iluminó la estancia; cuando al «adelante de» «adelante de» siguió la respuesta del criado anunciado al P. Urquijo, de la Compañía de Jesús, director espiritual de aquellos tibbes.

—A usted le extrañará que venga á esta hora señora, pero se trata de una obra de caridad, y usted que las practica hasta el heroísmo, hará una más, seguramente—dijo el confesor de la dama, sacerdoté á la moderna, joven aun, virtuoso sin afectación, sereno por su rectitud de conciencia y hombre de mundo.

—Falta hacer las buenas obras en esta su casa P. Urquijo. Nadie sabe mejor que usted, que tenemos que hacer muchas por vía de desagavios—respondió la condesa adaptándose al momento al cambio de escena que la imponía la presencia del padre.

—Pues voy al grano: ¿se acuerda usted de la Cándida, aquella muchacha gallegueta tan linda, que llevaba usted á confesar los sábados?

—Sí, señor. La despedí, porque me enteré de que tenía un hijo.

—Es desgraciada de verdad. El novio la abandonó, como usted sabe; el niño está enfermo, y ella se dedica á asistir por las casas. Ahora no tiene trabajo, y sabiendo que usted necesitaba una mujer que venga á lavar, me há tomado por embajador... para que usted le perdona y la admita en concepto de asistente.

—Yo... por usted padre, haría cualquier cosa, pero ¿cómo voy á permitir que un hijo de los tiempos de Cándida, y estaría muy mal visto.

—Vamos Angela, aunque tía no está muy contenta contigo, ayúdame á interceder; dile que esa chica es casi irresponsable por su edad, por su educación, por el gran afecto que tenía á aquel pili con quien iba á casarse.

—Sí, tía, perdónala, tú que lo perdonaas toda...

—Bien, Angélica; pero eso es... ségan.

Rosa Eguitas de Parada

Carnet de Modas

Los complementos de la Moda son infinitos. Nacen, encañan y mueren con igual rapidez. Su vida es como la de esos animalillos que denominamos afimeros.

Es raro que triunfen toda una estación, pero de vida fugaz ó duradera, son siempre interesantes, llenan con encanto un lugar y cumplen una misión: la de renovar la moda; mejor diríamos, reproducirla.

Efectivamente, las modas se reproducen durante el curso de los siglos como las estaciones vuelven á repetirse unas en pos de otras todos los años.

Ved, si no, lo que hoy ocurre con las flores. Estas se han visto prescritas casi totalmente, y durante algunas temporadas del puesto que les corresponde por su belleza en el adorno femenino. En los sombreros sólo se veían plumas y pájaros, cintas y envolventes de terciopelo ó gasa; muy rara vez alguna flor; en la actual primavera y en el próximo verano no sucederá eso.

Las flores recobrarán su rango de principal accesorio en nuestros sombreros; y la Liga para la defensa de las aves, que audió bajo el patronato de la Reina Alejandra de Inglaterra, obtendrá algún descanso, al cesar en sus campañas para que sean desterradas de nuestros adornos las plumas y los pájaros.

La profusión de flores y su inmensa variedad, son una de las maravillas que actualmente nos ofrece la Moda. No solo se imitan de una manera deliciosa, sino que se agrupan con un arte y un gusto admirables por lo exquisito.

Entre las flores de moda vemos muchos guisantes de olor, que es la preferida por la joven Reina de España; pero sobre todas ellas triunfan las rosas, grandes, abultadas, dispuestas en «bouquets» ó en guirnaldas, muchas sobre follaje ó sueltas.

Vemos también muchas flores de tela hechas á mano, particularmente grandes rosas de cinta púrpura obs-

LA REINA TOPACIO

232

LA REINA TOPACIO

306

—Bien. Luego, después de esta pausa, continuó don Carlos.

—Puesto que sois mi Justicia Mayor, os correspondo este asunto. Disponed de todos los medios que están á vuestra disposición, y no os presentéis delante de mí hasta que el culpable esté preso.

—Señor, respondió D. Inigo, está persuadido de que haré todas las diligencias posibles.

—Hacedlas, y sin tardanza; porque este asunto me importe más de lo que pensáis.

—¿Por qué, señor? preguntó el Justicia Mayor con voz temblorosa.

—Porque, reflexionando en lo que acaba de pasar, no sé que haya habido en la historia otro rey á quien se le haya hecho semejante demanda. Y se alejó grave y ensativo murmurando:

—¿Qué quiere decir esto? ¡Un hijo ha dado una bofetada á su padre!

El rey pidió á Dios la explicación de un misterio cuya solución no podían dársela los hombres.

En cuanto á D. Inigo, se había quedado en su sitio, de pie, inmóvil y como petrificado.

el segundo; luego, por último, el rey con la misma calma, pero más sombrío que de costumbre, por la idea terrible de que en su reinado su hijo había cometido el crimen, desconocido hasta entonces, de dar una bofetada á su padre, volver á entrar con paso sosegado y lento la rampa de la Alhambra, hacia la cual volvía después de haber visitado las cárceles con el Justicia Mayor.

Los solos actores interesados en la escena que acaba de representarse, y que permanecían de pie y como petrificados en medio de la muchedumbre, cuya miradas se fijaban en ellos con asombro y dolor, era doña Mercedes, casi desmayada en el hombro de doña Flor, y D. Inigo, inmóvil y como confundido por esta palabra del rey; ¡No os presentéis delante de mí hasta que no sea preso el culpable.

Lo era, preciso, para poder ir á aquel hombre al cual tenía tan profunda simpatía; aquel hombre cuyo juicio, había solicitado con tanta instancia sin obtenerlo, cuando solo se le acusaba de uno de esos pecados que ofenden á los hombres. Pero cuando, cobrada de cometer una de esas equivocaciones que ofenden á Dios, se sentía era indudablemente cierto D. Inigo, para salvar á su amigo, tenía que ser culpable, rebelde, y desobediente. ¡Completamente culpable de los más grandes pecados que había...

